

EL BUEN HUMOR DE LOS HIJOS DE DIOS

Joseph L. Soria

Summary: The nature of Blessed Josemaría irradiated joy. His smile, his gestures of love and his good humor were based on the deeply rooted sense of divine filiation and on the love of God. For Opus day members, joy is an ascetic duty. Its supernatural nature finds strong support in the love of truth. Joy can be interpreted as a charitable apostolic vehicle.

Key words: joy, good humor, apostolate, ascetic duty, smile laughter.

Résumé: La personnalité du Bienheureux Josemaría rayonnait la joie. Son sourire, ses gestes de tendresse et sa bonne humeur étaient fondés sur le sentiment profond de la filiation divine et sur l'amour de Dieu. Pour les fidèles de l'Opus Dei la joie est un devoir ascétique. Son aspect surnaturel trouve un appui fort dans l'amour de la vérité. La joie peut être interprétée aussi comme un véhicule apostolique.

Mots clés: joie, bonne humeur, apostolat, devoir ascétique, sourire, vie ordinaire, éclater de rire.

Cuando le conocí en 1953, uno de los puntos que más me atrajeron en la personalidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer fue su alegría. Antes de que, a lo largo de veintidós años de trato, comprobara personalmente que era un hombre de fe viva y gigante, enamorado de la Santísima Humanidad de Nuestro Señor, y fidelísimo hijo de la Iglesia, me impresionaron su gran sentido del humor, su sonrisa, su capacidad para desdramatizar y encontrar el punto divertido de situaciones y anécdotas¹. Su conducta y porte testimoniaban elocuentemente las virtudes que recomendó en *Camino*, por contraste con los defectos que mencionó en un pasaje concreto de ese libro: "Caras largas..., modales bruscos..., facha ridícula..., aire antipático...: ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo?"². No me parece posible reflejar por escrito el talante impresionante de su alegría. Su sonrisa abierta y cariñosa, sus gestos rápidos, los cambios inesperados en el tono de las pala-

bras, que arrancaban una carcajada cuando, pocos segundos antes, apenas se podía contener la emoción. Escuchando al Beato, uno se sentía, a veces, como zarandeado de un polo al otro del mundo: de la sonrisa a las lágrimas; de la emoción, que obligaba a apretar las mandíbulas o a usar el pañuelo, a la risa incontenible.

Hay una fotografía del año 1922, en la que figura un grupo de alumnos del Seminario de San Francisco de Paula, en Zaragoza., entre los que se encuentra Josemaría Escrivá³. De los diecisiete seminaristas que aparecen en la foto, solamente él está sonriendo abiertamente. Si ése era su talante a los veinte años, alguno podría pensar que la alegría y el buen humor del Beato Josemaría eran simple resultado de su temperamento; pero no es así. En alguna ocasión, él mismo hizo las distinciones oportunas, refiriéndose en concreto al optimismo, que tan cerca está del buen humor: "Soy optimista; primero, porque Dios me hizo optimista; después, porque el espíritu del Opus Dei está lleno de optimismo; y luego, porque rezamos mucho, y Dios nos escucha"⁴. Semejante distinción se encuentra también explícita en otro conocido punto de *Camino*: "La alegría que debes tener no es esa que podríamos llamar fisiológica, de animal sano, sino otra sobrenatural, que procede de abandonar todo y de abandonarte en los brazos amorosos de nuestro Padre-Dios"⁵.

1 Uno de los frutos de esos años de convivencia con el Beato Josemaría fue el libro que publiqué en 1993: *MAESTRO DE BUEN HUMOR. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*. Ediciones Rialp, S.A. Madrid. En ese libro he recogido abundantes testimonios, sobre su alegría y su buen humor. La persona que más íntimamente le trató, y por más largo tiempo, fue Mons. Alvaro del Portillo. Así describe el modo de ser del Beato: «Para comprender el carácter de nuestro Fundador es preciso tener presente una cualidad fundamental que penetra todas las demás: la entrega a Dios y a las almas por El; la disponibilidad para corresponder generosamente a la Voluntad del Señor. [...] Su entrega no era fría, "oficial". Brotaba del amor y por eso se traducía en muestras sinceras de cariño y comprensión: tenía un corazón grande y noble. Estaba abierto a todos. Amaba el mundo apasionadamente, porque había sido creado por Dios. Le atraían todas las realidades humanas. Leía los periódicos, veía el telediario, le gustaban las canciones de amor, rezaba por los astronautas que iban a alcanzar la luna... Era muy afable, sabía dar confianza y acoger a los demás» (Alvaro del Portillo, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Ediciones Rialp, Madrid, 1993, p. 46).

2 *Camino*, 661

3 Cfr. D.M. HELMING, *Footprints in the Snow. A Pictorial Biography of Josemaría Escrivá, the Founder of Opus Dei*, Scepter Publishers, Nueva York-Londres, 1986, p. 14

4 Prelatura del Opus Dei, Registro Histórico del Fundador (en adelante se citará con las iniciales RHF), 20760, p.152 (esas cifras indican el número de archivo y la página del documento)

5 *Camino*, 659

Nos encontramos, pues, ante una alegría de dos pisos, diría: el plano natural, donde el optimismo, la alegría, el buen humor son de naturaleza temperamental; y el plano sobrenatural, donde el sentido de la filiación divina, la conciencia de ser amado por un Padre todopoderoso e infinitamente bueno no deja sitio a malos humores o negruras de espíritu. Es significativo que el Beato Josemaría adoptara (y recomendara) como una de sus jaculatorias favoritas un resumen de una afirmación paulina⁶: *Omnia in bonum!*, ¡todo para bien! Y tiene también un profundo sentido el hecho de que frecuentemente, como en el citado punto de *Camino*, las palabras *Padre* y *Dios* se hayan convertido en eslabones soldados por un guión.

Si la alegría ha de ser constante, necesaria en el Opus Dei y vivida por miles de personas completamente diversas en sus características individuales y en sus circunstancias, esa distinción entre el buen humor de base natural y el de contenido sobrenatural aparece obligada. Primero, porque no siempre las cosas ruedan a nuestro gusto, ni todo lo que pasa –en nosotros o a nuestro alrededor– es agradable, y desde un punto de vista natural es fácil perder el buen humor cuando la vida nos contraría. En segundo lugar porque, para los fieles de la Prelatura del Opus Dei, la alegría es un deber ascético. En la enseñanza del Fundador del Opus Dei, aquellos y aquellas que quisieran seguir el camino que abrió en la Iglesia deberían ser testigos de buen humor. “Os dejo como herencia, en lo humano, el amor a la libertad y el buen humor”⁷. “¡Buen humor, que es esencial para nuestra en-

trega; santos con buen humor, que si no, no va!”⁸. “Has de procurar que, donde estés, haya ese “buen humor” –esa alegría–, que es fruto de la vida interior”⁹. Quieren decir esas exhortaciones que la alegría forma parte de la espiritualidad del Opus Dei y que sus miembros han de esforzarse por mantenerla, aumentarla y transmitirla a su alrededor, constantemente. Siendo criaturas, no siempre lo conseguirán del todo, pero cuanto más cerca estén de Dios, más sólida y permanente será su alegría. En ese contexto, es obvio que el Fundador del Opus Dei, al crear con su vida y estilo esa espiritualidad, no quería que miles de hombres y de mujeres, de edades, culturas, salud, razas y tiempos diversos, se unificaran en una característica meramente temperamental. Hubiera sido como pretender que, por el hecho de pedir la admisión en el Opus Dei, todo el mundo iba a tener los ojos marrones o a estar predispuesto a una determinada enfermedad, o a cantar con buena voz. Si la alegría es, para los miembros de la Prelatura, “parte integrante”¹⁰ de su camino, esa alegría no puede estar ligada simplemente a factores orgánicos o psicológicos. En efecto, en ese mismo número de *Camino*, el Fundador especifica que está hablando de una “alegría sobrenatural”¹¹. Y en otras ocasiones dirá que “la alegría es un bien cristiano”, o –lo que es lo mismo– que no se basa en temperamentos o modos de ser simplemente humanos, sino que está fundamentada en algo que es patrimonio espiritual de los cristianos: la conciencia de ser hijos de Dios.

6 *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*; para los que aman a Dios todas las cosas son para bien (*Rom* 8, 28). Su sucesor al frente del Opus Dei, el Siervo de Dios Mons. Alvaro del Portillo atestigua cómo el Beato hizo reproducir esta jaculatoria (*Omnia in bonum!*) en muchísimos lugares de los Centros del Opus Dei, y la hizo imprimir en miles de estampas que regalaba para animar a la gente a aceptar siempre la Voluntad de Dios y vivir la esperanza cristiana (Cfr. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, p. 165).

7 Causa de Canonización de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Artículos del Postulador*, n. 483.

8 RHF, 20003.

9 *Forja*, 151.

10 Cfr. *Camino*, 665.

11 Entre otros muchos ejemplos, fácilmente localizables en sus escritos, léase el punto 1006 de *Forja*: “Veo con meridiana claridad la fórmula, el secreto de la felicidad terrena y eterna: no conformarse solamente con la voluntad de Dios, sino adherirse, identificarse, querer –en una palabra–, con un acto positivo de nuestra voluntad, la Voluntad divina. Este es el secreto infalible –insisto– del gozo y de la paz”.

El hombre, sin el conocimiento del amor de Dios que culmina en Cristo, pierde la unidad de su persona y el sentido de su orientación; su satisfacción queda encadenada a momentos de éxito o de placer, necesariamente perecederos, y, en consecuencia, su dicha se configura inestable y, en más de una ocasión, fingida. En cambio, el hombre que se apoya en Cristo, que se fundamenta en la verdad de su Resurrección y de su gracia, está en condiciones de alcanzar la unidad de vida y afrontar todos los momentos y situaciones de su existencia con la alegría y la paz que nacen del reconocimiento del amor paternal de Dios¹².

Todos sabemos (aunque no alcancemos a definirlo ni a explicar su génesis) lo que es el buen humor. De la mano del Beato Josemaría tratemos, sin embargo, de analizar las raíces de ese gran don. Como se ha mencionado anteriormente, un primer punto aparece con claridad en sus enseñanzas: la alegría sobrenatural está fundada en la filiación divina del cristiano. Si Dios es mi Padre y me ama con locura; si, además de amarme, es omnipotente, todo lo que Él quiera o permita, encierra un mensaje de amor, incluso lo que resulta inesperado, sorprendente o doloroso. "Si nos sentimos hijos predilectos de nuestro Padre de los Cielos, ¿que eso somos!, ¿cómo no vamos a estar alegres siempre?"¹³. Me ha llamado siempre la atención que el Beato Josemaría, que no era de ningún modo un hombre sentimental, aunque era rico en sentimientos, emplee frecuentemente la palabra *sentir* –o sus afines– cuando se refiere a la conciencia de la filiación divina. Quizá en ese detalle se encierre una referencia velada, pero profunda y duradera, a las experiencias místicas que en 1931 grabaron en su alma la gozosa claridad de ser hijo de Dios¹⁴. Pero el uso de esas palabras tam-

bién sugiere que la conciencia de ser hijos de Dios no debe quedarse a nivel teórico o intelectual, sino informar todas las fibras de nuestra personalidad.

Por otra parte, la alegría sobrenatural y sus consecuencias tienen también un fuerte apoyo en el amor a la verdad¹⁵: no tanto en el afán de "poseer la verdad" (que puede significar arrogancia, y la gente altanera no suele distinguirse por su buen humor) sino en la serenidad de ser poseídos por la verdad y servirla. "Quizá ayer eras una de esas personas amargadas en sus ilusiones, defraudadas en sus ambiciones humanas. Hoy, desde que Él se metió en tu vida –¡gracias, Dios mío!–, ríes y cantas, y llevas la sonrisa, el Amor y la felicidad a dondequiera que vas"¹⁶. Tal vez por esa conexión entre verdad y felicidad, del Beato Josemaría escribió: "No alcanzaremos jamás el verdadero buen humor si no imitamos de verdad a Jesús; si no somos, como El, humildes"¹⁷. Para no desorientarnos con la palabra *humildad*, que es la importante en ese consejo, recordemos lo que la Santa de Ávila dijo: que andar en humildad es andar en la verdad. Pieper¹⁸ lo ha expresado de modo semejante, diciendo que la humildad "es la aceptación sin reservas de aquello que por voluntad divina es lo real". La mayor parte de las tragedias subjetivas se deben a una interpretación malsana y falsa de los hechos. Sentirse víctima es incompatible con el buen humor, porque, en lugar de andar en la verdad, se camina por senderos tortuosos, pavimentados con sospechas infundadas y resentimientos sin base, aunque aparezcan absolutamente objetivos y convincentes para quien los sufre. Por eso, las gentes fanáticas o inclinadas al rigorismo muestran

12 JAVIER ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta, Barcelona, 2001, p. 256.

13 Cfr. Forja, 266.

14 Cfr. ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Rialp, Madrid, 1997, pp. 388-394.

15 "La Verdad es inseparable de la auténtica alegría" (Cfr. Surco, 185).

16 Surco, 81.

17 *Es Cristo que pasa*, núm. 18. Cfr. igualmente un texto semejante en Forja, 590.

18 J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid, 1980, p. 280.

escasas disposiciones para el buen humor y parecen no saber reírse de sí mismas, que es una saludable actitud espiritual y psicológica recomendada por el Beato Josemaría. En su caso, la raíz era soberanamente divina: "Me basta tener delante de mí un Crucifijo, para no atreverme a hablar de mis sufrimientos... Y no me importa añadir que he sufrido mucho, siempre con alegría"¹⁹. La conciencia de ser hijo de Dios le ayudó también, y siempre, a desdramatizar, empezando por lo que veía como defectos personales. Buena muestra es una anotación autobiográfica que se remonta a 1931: "Conozco un borrico de tan mala condición que, si hubiera estado en Belén junto al buey, en lugar de adorar, sumiso, al Creador, se hubiera comido la paja del pesebre..."²⁰.

Es conocido el uso ascético que de la figura del borrico hizo el Beato Josemaría en su vida y en sus enseñanzas. Tanto es así que alguna vez pensó en escribir un librito que se titulara *Vida y ventura del borrico de noria*. Al final no consiguió escribirlo, pero si se recopilaran adecuadamente todos sus comentarios y consejos sobre el borrico, saldría un libro substancioso y muy atractivo. La noria, que en la campiña ibérica estuvo años atrás tan unida a la figura del borrico, le ofreció también inspiración al hablar de la conexión entre alegría y entrega: "La alegría es una consecuencia de la entrega. Se confirma en cada vuelta a la noria"²¹. Por supuesto que conocía y había meditado frecuentemente en la enseñanza de San Pablo: "Dios ama al que da con alegría"²². Se entiende que así sea, porque la alegría en la entrega implica generosidad. Pero para el Beato Josemaría la entrega con generosidad (aunque la sensibilidad no respon-

diera) lleva también a la alegría, en un círculo que podríamos llamar "virtuoso": "¿Quieres un secreto para ser feliz?: date y sirve a los demás, sin esperar que te lo agradezcan"²³.

Por otra parte, cuando se anda en la verdad de Dios (es decir la Verdad, con mayúscula), todo lo que no sea El aparece relativo y con frecuencia risible. La presencia de esa verdad infinita da una especie de saludable escepticismo ante "lo importante", "lo serio" o "lo trágico" de cualquier asunto humano, y el sentido del humor es a menudo el vehículo para dar salida a esa libertad de espíritu. Ciertamente hay sufrimientos y tragedias objetivas. Pero percibir las con un sentido trágico suele estar motivado por complicaciones egocéntricas, como se ha hecho notar más arriba. De ahí que nuestro Beato aconsejara con concisión lapidaria: "Todo lo que ahora te preocupa cabe dentro de una sonrisa, esbozada por amor de Dios"²⁴. La tragedia personal (sea o no objetivo el dolor, digamos, externo) surge frecuentemente como resultado de una falta de fe, o como un fracaso real o imaginario, que no se ha sabido aceptar; es como una indigestión de amargura, y –desde un punto de vista sobrenatural– obedece a un falso concepto de Dios, al menos en la práctica. En opinión del filósofo Julián Marías, Miguel de Unamuno entendía o aceptaba a Dios no por sí mismo sino como garantizador de la inmortalidad personal. Quizá por eso dos de sus obras se titulan *Malhumorismo* y *Del sentimiento trágico de la vida*. Y es significativa la anécdota que recoge el psiquiatra Vallejo Nágera²⁵: durante la primera guerra mundial, Santiago Rusiñol (pintor y poeta catalán) y Miguel de Unamuno (que había sido Rector de la Universidad de Salamanca, en España, durante muchos años) hicieron jun-

19 Surco, 238.

20 Nota fechada el 25-III-1931, en *Apuntes íntimos*, n. 181.

21 Surco, 87.

22 2 Cor 9:7.

23 Forja, 368.

24 Surco, 89.

25 J.A. VALLEJO NÁGERA, *Locos egregios*, 34ª ed., Planeta, Madrid, 1991, p. 206.

tos una visita al frente italiano. Los oficiales que les acompañaban notaron enseguida la seriedad de Unamuno (aunque sus afinidades políticas estaban con los aliados), al mismo tiempo que quedaron pronto familiarizados con la cordialidad de Rusiñol, y se atrevieron a preguntarle: "Oiga, el Señor Unamuno, ¿no se ríe nunca?". Rusiñol replicó: "¡Nunca! Se lo prohíbe su cargo".

Encuentro conmovedor que el Beato Josemaría, que llevaba sobre sus espaldas la carga y el "cargo" de Fundador del Opus Dei, no tuviera reparos no sólo en reírse sino tampoco en actuar como "juglar de Dios" cuando fue preciso²⁶. Así lo hacía a veces en privado y en público, personificando una anécdota, haciendo un divertido juego de palabras, imitando un gesto con gracia, caricaturizando delicadamente una actitud, si eso podía ser el medio para transmitir gráficamente alguna enseñanza espiritual o para hacerla aceptar con gusto. De este modo lo explicó un escritor chileno cuando asistió a una de las tertulias que el Fundador del Opus Dei tuvo durante su visita a ese país austral en 1974:

El juglar de Dios es algo más que una metáfora. Porque, desde el comienzo ese predicador encendido en el amor de Dios sabe prodigar la gracia humana, el humor más espléndido, las ocurrencias más inesperadas y chispeantes. Los oyentes están cautivados desde la partida: asistirán a una meditación, a un despliegue de vida contemplativa, pero también a una fiesta de humor. Este será el tono de toda la conversación: lo divino y lo humano harán una sola cosa en su palabra, se fundirán en el fuego –amor de Dios, cariño humano, afecto desbordante– que irradia su persona. La palabra de Dios será tan exigente como amable, tan golpeante como graciosa en sus labios²⁷.

26 La expresión "juglar de Dios" era usada por el Beato Josemaría también para referirse a los momentos en que la sensibilidad para las cosas que se refieren a Dios está ausente, cuando parece que –al rezar, por ejemplo– se está haciendo una comedia. "¡Ser juglar de Dios! ¡Qué estupenda es esa recitación llevada a cabo por Amor, con sacrificio, sin ninguna satisfacción personal, por dar gusto a a nuestro Señor! (cfr. *Forja*, 485).

27 JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS, "Monseñor Escrivá en Chile" en *El Mercurio*, Santiago, 15-VII-1974.

La alegría, humana y sobrenatural, del Beato Josemaría estuvo también acompañada por el don de un humor comunicable y contagioso. Envolvía sus actividades y sus enseñanzas con un aire divertido y sonriente, que implicaba algo más que la simple alegría personal. Poseyó de modo eminente la capacidad de comunicar alegría y de hacer sonreír a los demás con un comentario divertido. Percibía con rapidez, y como por instinto, el lado cómico de muchas cosas que a otros podían parecer dramas sin solución. Sus palabras y gestos estaban llenos de un caritativo y agudo humorismo (podemos llamarlo *sentido del humor*, si se prefiere), que aparecía como consecuencia de su serena alegría. Nos encontramos ahora ante un aspecto del buen humor que, a mi juicio, no parece necesariamente comunicable ni espiritualmente exigible como cualidad ascética. Se puede estar alegre y sereno siendo más bien soso o sin tener la capacidad de hacer reír a otros con frecuencia y naturalidad. Para divertir con un comentario o un gesto hacen falta una base humana temperamental, una agilidad de mente y cierto don creador que no todos poseen. Para entrar en esa onda –diríamos–, hacen falta una buena capacidad de observación, un profundo conocimiento de la vida y de los hombres. Además de ser consciente de las limitaciones humanas y aceptarlas con humildad, hace falta contemplarlas con una especie de indulgente ironía, desde la altura –distante y cercana a la vez– de la caridad y de la fe vividas. Josemaría Escrivá de Balaguer tuvo todos esos dones, y pienso que formaron parte de los talentos que Dios le dio para el cumplimiento de su misión de Fundador.

Se han escrito miles de páginas sobre el humor en este último sentido y no es factible resumir las diferentes teorías sobre el asunto ni pretender aclarar las cosas de un modo sencillo y definitivo. Pero afirmo que el Beato Josemaría mantuvo esa característica toda su vida, desde la juventud hasta los setenta y tres años. Es muy interesante leer lo que un agudo historiador y

médico alemán observó, estudiando fotografías del Fundador del Opus Dei:

Monseñor Escrivá ofrece un ejemplo de sorprendente similitud en todas sus fotografías y retratos a lo largo de siete decenios; si se prescinde del proceso natural de envejecimiento, no existen diferencias esenciales entre el Escrivá de diecisiete y el de setenta años. Su rostro conservó hasta el final una expresión juvenil, casi de chico joven, debido, tal vez, al perfil relativamente suave, al mentón redondeado, a las mejillas algo regordetas, a la exacta raya del corto pelo, que empezó a cubrirse de canas relativamente tarde, y, sobre todo, a aquella sonrisa que muy a menudo surgía alrededor de los ojos y de la boca; una sonrisa que, de modo inconfundible, reunía en sí calor, picardía y libertad de espíritu (e imperturbabilidad) en sus diagnósticos²⁸.

¿Alegría? ¿Buen humor? ¿Gozo y paz? El Beato Josemaría nos enseña, con su ejemplo, a

vivir así. Y al mismo tiempo, desde su cátedra de Maestro de Buen Humor, estimula a los que hayan recibido de alguna manera el mismo don, para que sean –por amor de Dios– sus juglares. No quiero ofender a los payasos, que cumplen una función honorable y meritoria, pero el juglar de Dios no es el payaso. Su estilo es otro: el juglar de Dios no pierde nunca la compostura, tiene medida, atina con lo mínimo sin extralimitarse. Sus bromas no son ni hirientes ni groseras. Están muy lejos del espectáculo de circo con sus explosiones, gritos, mojaduras, caídas estrepitosas o gestos que rayan la ofensa personal. En la actuación del juglar de Dios hay juventud de espíritu²⁹ humildad, inteligencia fina y deseo de servir ayudando a provocar la sonrisa, o la carcajada, pero siempre como caritativo vehículo apostólico. Así era el beato Josemaría. ■

28 PETER BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, 1987, pp. 325-326. Personalmente me permitiría hacer una excepción a la afirmación de Berglar. Durante la guerra civil española, debido al hambre y a los sufrimientos, el aspecto exterior de Josemaría Escrivá cambió notablemente, hasta el punto de que ni siquiera su madre lo reconoció inmediatamente cuando tuvo la oportunidad de verlo. Sólo el tono de voz era el mismo. Pero ni aun en tales circunstancias perdió el buen humor, como atestiguan sus cartas de esos años.

29 "Los que estamos entregados a Nuestro Señor no somos viejos nunca, tenemos la juventud de Jesucristo: *Iesus Christus heri et hodie, ipse et in saecula*. Jesús siempre, ayer, hoy, cuando pasan los siglos, siempre es el mismo". (RHE, 20760, p. 831). El buen humor y la extraordinario sintonía que Juan Pablo II tiene con los jóvenes de todo el mundo demuestran –empíricamente, diríamos– la verdad de esas palabras del Beato Josemaría.